

## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

### EL TERRORISMO Y LOS (DIS)VALORES

**Prof. Dr. Andrés FINK**

La historia humana está llena de conflictos, la mayoría de ellos locales o al menos localizados en una determinada area o región geográfica. Hubo algunos, sin embargo, que tuvieron dimensiones continentales o cuasi continentales (Ej.: La gran Guerra del Norte, 1700-1721; Las guerras napoleónicas, desde la revolución francesa hasta 1815), otros extracontinentales (Ej. Guerra de los Siete años, 1756-1763, llamada por algunos la primera guerra mundial, por los distintos continentes en los que se desarrolló simultáneamente), otros mundiales (las dos Guerras Mundiales del Siglo XX) y finalmente de dimensiones extraglobales (la llamada Guerra Fría), que incorporó ya elementos extraterrestres, si consideramos la SDI de Reagan. Ahora la planetarización nos sitúa ante un nuevo conflicto, al que todos percibimos como muy sui generis.

¿Que es lo que está sucediendo hoy en el mundo? No hay muchas dudas sobre el carácter global del conflicto que nos envuelve. Por parte de los principales líderes del mundo se habla de una “guerra contra el terrorismo”. La expresión “guerra” es usada al parecer intencionalmente, ya que es simple y muy fácilmente comprensible para cualquiera. Si se utilizase otro término quizá no se comprendería la esencia del fenómeno. La guerra es uno de los hechos sociológicos mas antiguos de la humanidad (Bouthoul, 1971: 5; Toynbee, 1976: 13). Las experiencias de lo que llamamos guerra son demasiado conocidas, aunque no toda la humanidad las haya vivido en su piel. Pero, ¿cuál es la esencia del conflicto en el que hoy está inmerso el mundo, cuales son sus características y cuáles los contendientes?

La respuesta no es sencilla, y sugiere nuevas preguntas. Lo menos que podemos decir es que la guerra se ha transformado, porque el conflicto que nos ocupa es muy especial. Evidentemente sigue siendo, como siempre, un hecho de violencia racional que continúa la política por medios diferentes. Pero decimos que se ha transformado, porque se han incorporado elementos que la alteran cualitativamente, tanto por el contenido y dimensiones, como por las características de cada caso. Después del atentado a las Torres Gemelas el politólogo Giovanni Sartori no ha dudado en llamar a la situación sobreviniente como “una guerra inédita”, pero que en su opinión debe ser llamada por ese nombre: Guerra. La elección de la palabra, según él, tiene una crucial importancia. La expresión que utilicemos nos indicará la envergadura de aquello que estamos considerando y al mismo tiempo la entidad del enemigo. A falta de una palabra mejor, debemos utilizar la “antigua” palabra guerra, porque solo ella nos da la pauta y la dimensión verdadera de lo que ocurre. Pero para no utilizarla siguiendo criterios del pasado, Sartori la llamó “guerra inédita”, que adicionalmente calificó de terrorista, global, tecnológica y religiosa (Corriere della Sera, y reproducido en La Nación, 26/10/2001). Mas tarde Sartori vuelve sobre esta tesis (Corriere della Sera, 24/07/2005). Creemos que para un comienzo de análisis es posible coincidir con esta denominación y con estas características que son cada una de ellas de por sí suficientemente elocuentes.

Establecido el marco de referencia, podemos comenzar a plantearnos algunas preguntas. ¿Cómo es que los EE UU como potencia hegemónica, con toda la tecnología a su alcance, con el 40% del poder militar del planeta, aliados con algunas otras potencias de primer orden, con armas que día a día se van superando a si mismas en sofisticación, se ven jaqueadas en Irak, en Afganistán (Corriere della Sera, 10/10/2008) y en otras partes del mundo, por un enemigo aparentemente muy localizado, con medios militares para nada sofisticados pero aparentemente muy eficaces? ¿Cómo es que aun no lo hayan vencido? ¿Cómo es posible que contendientes cualitativamente tan diferentes den consistencia a la utilización de ese concepto (guerra)? Para que pueda haber guerra, debe haber dos partes medianamente equiparables. Si hay una gran desproporción en sus dimensiones tanto físicas como de capacidad, es

## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

difícil hablar de guerra, pues esta puede iniciarse con el ataque de un actor poderoso a otro de menor poder (o viceversa, aunque esto suena ya menos lógico), un período de resistencia mas o menos prolongado y finalmente, por el propio peso de las dimensiones, la victoria del poderoso. Todo ello, salvo circunstancias que al actor pequeño le den un mayor poder relativo para resistir el poder del grande (ej.: La Guerra de Vietnam). Para que haya una guerra debe haber un mínimo de semejanza. Para bailar un tango se necesitan siempre dos, pero equiparables. No lo pueden bailar un gigante y un enano. Lo mismo cabe decir de una guerra, que es casi por definición, un conflicto de cierta (aunque sea mínima) duración, es decir, con uso de cierto tiempo y espacio (aunque este último también pueda ser limitado). El pequeño David venció al gigante Goliat, pero ese enfrentamiento se dio en una forma casi instantánea y de hecho no se puede hablar de lucha, sino solo de un encuentro, con un toque (mas o menos afortunado) a distancia. Por ello se solía decir que un pequeño en guerra con un grande puede ganar un combate pero, por la propia naturaleza, normalmente no puede ganar la guerra.

Las preguntas siguen surgiendo. Para empezar, si esto es una guerra, **¿quién es el enemigo?** ¿Quién es ese enemigo no sabemos cuan pequeño, frente a la explícita gran potencia? ¿Se trata de un enemigo realmente localizado y limitado o de uno de dimensiones y por lo tanto de potencia mucho mayor? Al no poder verle la cara y otras características físicas, nadie sabe bien quien es, ni cómo es. Sin saber cómo es, tampoco es posible saber como defenderse de él ni como combatirlo. Aparentemente se trata de un enemigo difuso, sin rostro, sin forma, sin un característico lugar de pertenencia donde buscarlo, encontrarlo y destruirlo. En esta situación directamente no hay “frente de combate” y no se sabe contra quien pelear. Se trata de “boxear en la oscuridad” (Lamarque, La Nación, 7/10/2001). En su momento el Secretario de Defensa de los EE UU Donald Rumsfeld esbozó su teoría sobre el “enemigo virtual” desarrollada sobre la base de un doble desconocimiento: El primero se refiere a aquello que sabemos que no sabemos. El segundo se refiere a las cosas sobre las cuales ni siquiera sabemos que no las sabemos (Fink, 2002, Colección N\* 13). Por eso los EE UU, por necesidad, han debido definirlo de alguna manera, darle una supuesta consistencia, encontrarle algún nombre y lo han denominado “Terrorismo”, como si lo personalizaran en un ente concreto, como si hablaran de “alguien llamado Terrorismo”, como si quisieran transmitirnos la idea de que saben de quien se trata. Pero a poco que se medite, esto no resulta claro (Fink, Infobae, 2004; Lewis, La Nación, 2004). La clásica ETA es terrorismo, pero no fue ella la que se lanzó contra las Torres Gemelas, ni lo fueron las FARC colombianas, ni los separatistas corsos, ni ninguna de las organizaciones o movimientos guerrilleros, rurales o urbanos, existentes en el mundo. Países europeos clásicos se han visto ante esta problemática sin haberla clarificado: En el pasado no lejano Francia en la “batalla de Argelia”; Gran Bretaña frente al IRA; Alemania frente a la RAF-Fracción del Ejército Rojo (llamada en su momento banda Bader-Meinhof); Italia frente a las Brigadas Rojas; y en la actualidad España frente a la ya mencionada y siempre activa ETA; Rusia frente a los independentistas chechenos y la lista podría seguir. Recordemos que el Consejo de Seguridad de la ONU no ha podido nunca formular una definición clara de terrorismo. ¿Cuál es la diferencia entre “terrorismo” y “resistencia”? En el primer caso los métodos del enemigo son sin duda terroristas (lat. terrere = infundir terror). Pero para denominar una esencia (lat. esse = ser), la expresión “terrorismo” no convence. Hoy se dice que el enemigo es “el Terrorismo” y no p.ej. Ben Laden. Este es solo su presunta cabeza visible (¿visible?). Pero si algún día esta persona es capturada, como Saddam Hussein, ¿significaría ello que el enemigo ha desaparecido? Esto lo podría sugerir la muy clásica visión clausewitziana, que hablaba del “centro de gravedad” del enemigo que, una vez tocado, desquicia toda voluntad de resistencia. Creemos que no es este el caso que nos ocupa. Por eso la pregunta sigue en pie: ¿Cuál es la esencia del enemigo? ¿Qué es lo que conforma su ser? Esta pregunta no se refiere solamente a su materialidad externa, sino fundamentalmente al espíritu que lo anima. Son ambas categorías las que constituyen un ser vivo.

¿Nos ayudaría el preguntarnos qué pretende? Hay quienes dicen, especialmente después del atentado de Londres, el 7 de julio de 2005, que este enemigo pretende destruir a Occidente y sus valores. Por su parte, y a la inversa, en el mundo árabe se dice que es a él y a su cultura a quien pretende destruir Occidente (Corriere della Sera, 05/06/2005). De lo que no parece haber muchas dudas es que se trata de

## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

una confrontación entre cosmovisiones y aquí adquiere importancia lo cultural y dentro de ello, especialmente, lo religioso.

El ser humano es un ser religioso por naturaleza. Sea cual fuese la visión antropológica de la que partimos, a diario se nos ofrecen pruebas de esta característica. Incluso el ser humano moderno, a pesar de su racionalismo, del cientificismo aparentemente todopoderoso que le anima, no deja de poseer un instinto religioso que radica en su propia naturaleza y que es algo permanente. Cuando ese instinto no es volcado voluntariamente en una Divinidad, no puede menos que fabricarse dioses propios, ídolos, en quienes busca saciar su anhelo de trascendencia (Saenz, 1999: 196). Por ello, aunque se la niegue, la religiosidad tarde o temprano se manifiesta y aflora de maneras a veces impensadas, incluso perversas. Proliferan distintas sectas que buscan llenar el vacío del ser humano descreído con elementos cuasi-religiosos, pero que no lo logran, precisamente debido a su carácter sectario y estrechez de visión. Una verdadera religión debe tener la capacidad de ser universal. Para quien reconoce su condición de creatura, ya naturalmente ligada con el Creador y acepta religarse (lat. religare = volver a relacionarse) con Él, su vida tiene un determinado sentido. Para quien no lo reconoce, las dificultades aumentan, porque necesítandolo, carece de un apoyo más allá de lo material y positivo. En este último caso estas categorías (lo material, lo positivo) pueden convertirse, paradójicamente, en objetos de culto cuasi-religiosos. Recordemos que incluso el padre de la sociología, el positivista a ultranza Auguste Comte, quiso crear una religión positiva, la religión de la humanidad, de la cual él sería el gran sacerdote (Aron, 1970: 150). En uno y otro caso los valores subyacentes son muy diferentes y también será muy diferente la disposición para defenderlos.

Después del atentado de Londres la reina Isabel II dijo que a pesar del atentado “no cambiaremos nuestro modo de vivir” (Corriere della Sera, 09/07/2005). ¿En que consiste exactamente ese “modo de vivir”? ¿Cuales son hoy los valores de Occidente? Esta es una pregunta que muchos occidentales no sabrían contestar, mucho menos contestar con la presteza de quien sabe como vive y porqué desea vivir de una determinada manera. Si no tiene idea clara sobre los valores que le sirven de sustento y dan sentido a su vida, mucho menos pensará en su defensa y en los sacrificios que ello implica. No contestada la primera, es difícil o imposible contestar a la segunda pregunta: ¿Cuán dispuestos estaríamos nosotros, occidentales, a defender nuestros valores, hasta donde llegaríamos en ese empeño y que sacrificios estaríamos dispuestos a realizar? A través de estas preguntas inquirimos sobre nuestra vida y sobre nuestro comportamiento concreto de todos los días. Si descendemos precisamente a lo concreto, en algunos ámbitos del mundo islámico (no mayoritarios) y desde su visión, para defender sus valores, hay quienes llegan equivocadamente hasta el extremo del suicidio. Si bien desde nuestra cosmovisión cristiana estamos muy lejos de participar de este tipo de actitudes y condenamos el terrorismo (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 2005), debemos reconocer que no es nada fácil inmolarse y que no se llega a ello sino con una preparación psicológica muy fuerte. El periodismo cotidiano nos ha hecho conocer testimonios de familiares de suicidas en los que informan sobre cambios percibidos en ellos en los meses y semanas anteriores a la inmolación y explicables recién después de la misma. Hablan del ayuno riguroso que practicaban, de la lectura frecuente del Coran y de una serie de conductas que evidenciaban la interiorización de toda su vida, y todo esto relatado por esos familiares con verdadero orgullo. Aun oponiéndonos firmemente y por partida doble a la combinación de suicidio y terrorismo desde el punto de vista objetivo, no podemos dejar de reconocer que, subjetivamente, los que recurren a ello actúan así movidos por su conciencia, malformada o deformada, pero conciencia al fin y como tal última instancia para el individuo. Frente a ello y del otro lado, preguntémosnos, ¿cuan fuerte es hoy la base religiosa de Occidente? La fuerza de los atacantes es de naturaleza religiosa o cuasi-religiosa, con todas las deformaciones del caso. Por el otro lado, la debilidad del mundo occidental radica precisamente en la falta de una religiosidad profunda, que le dé al ser humano y a su vida una dimensión espiritual y un sentido. Sin esta dimensión y con solo una religiosidad superficial y folclórica en el mejor de los casos, todo se vuelve chato, opaco e intrascendente.

## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

Si quisiéramos avanzar en esta línea, la tercer pregunta podría ser: ¿Cómo es hoy el hombre de Occidente? ¿Cuáles son sus características? Saenz menciona las siguientes: Falta de interioridad; desarraigo; masificación; igualitarismo; adicción televisiva; macrocefalia urbana; técnica deshumanizante y economicismo; consumismo; hedonismo; relativismo; informalidad; naturalismo; immanentismo; pérdida del sentido de la existencia y las falsas espiritualidades (Saenz, 1999: 19). Sin perjuicio de las mencionadas y a los efectos de “bajarlas a tierra”, podríamos reformular algunas de ellas a modo de ejemplo como sigue: Incapacidad de soportar y hacer frente a cualquier dolor, sea físico o moral; búsqueda necesaria y desesperada de bienestar, al cual el ser humano “tiene derecho”, y que debe ser obtenido a toda costa porque sin él “no se puede vivir”; incapacidad de comprender el sentido que tiene el sacrificio, pequeño o grande, en la vida de todos los días; incapacidad de reconocer las propias limitaciones, tanto físicas como mentales; incapacidad de considerar el hecho de la muerte como algo natural, tanto como lo es el nacimiento (si llega a producirse una muerte, en algún lugar “debe haber un culpable” que “tiene que pagar por lo que hizo”, real o presuntamente); incapacidad de tolerar la autoridad, incluso la legítima, la que por esta razón se deslegitima prontamente; etc. En algunos aspectos esta mentalidad es incluso tragicómica. En otras épocas y desde una pedagogía elemental, se fundamentaba la necesidad de un buen comportamiento para niños y jóvenes en el hecho que “Dios todo lo ve y todo lo oye”. Hoy, cuando en muchos países y ambientes Dios casi ha desaparecido de la vida pública, o si no fuese así, su existencia se ha transformado en objeto de superficial polémica, han aparecido las cámaras ocultas y sofisticados sistemas de escucha de alta fidelidad y ellos sí existen y lo ven todo y todo lo oyen, pero no lo que hacen niños y jóvenes sino lo que dice y hace la gente adulta (cámaras en medios de transporte británicos o, en otros ámbitos, utilizadas estas como prueba de un acto de corrupción). Si cupiese alguna posibilidad de poner en paralelo a Dios y a una cámara oculta, sería, como mínimo, mas sensato preferir a Dios. Él perdona siempre, la cámara oculta y lo que hay detrás, nunca.

En la historia conocemos confrontaciones y conflictos entre reinos, Estados e Imperios (persa, alejandrino, romano, otomano, mucho después el británico, en sus intentos incluso el napoleónico, el austro-hungaro). Entonces se luchaba fundamentalmente por el dominio territorial, si bien hubo alguna confrontación cosmovisional (Ej.: Guerras de religión en Europa después de 1517; luchas entre la Europa cristiana y el Imperio otomano, etc). Con el siglo XX y la aparición de los totalitarismos, aparece lo ideológico como elemento diferenciador entre los contendientes. Pero estos conflictos se dieron dentro de una misma lógica occidental, pues tanto el marxismo, como el fascismo y el nazismo son productos de Occidente. Perteneciendo a una misma lógica occidental, la confrontación puede ser mas comprensible y quizá mas fácilmente soluble. El caso de la China comunista fue siempre algo particular, porque se trató y se trata de un marxismo “orientalizado”. Hoy en cambio observamos que la confrontación ocurre entre “lógicas” diversas. Esta lógica diferente no consiste solo en la oposición “occidental-oriental”, como distinta forma de pensar de los seres humanos, lo que ya tiene sus complejidades. Entiendo que es diferente y mas compleja, porque hoy el hombre occidental está en decadencia por haber abandonado su base religiosa cristiana. Por lo tanto, cuando buscamos construir puentes, no podemos hacerlo si no estamos basados en una LÓGICA interna común.

Estamos ante un **conflicto “asimétrico”**, como se ha dicho repetidamente. El hoy denominado “terrorista” es el combatiente de una guerra efectivamente asimétrica, es decir, de un conflicto en el cual el pequeño no dispone de las armas del grande y es eficaz solamente cuando golpea al adversario en el bajo vientre. Intentar someter una guerra así a reglas convencionales puede ser un ejercicio inútil. Pero en nuestro caso a la consideración mencionada agregamos una mas y **entendemos esta asimetría de manera diferente**, ya que, en nuestra opinión, junto con algunos otros elementos, **la asimetría contrapone dos visiones o cosmovisiones: Una visión predominantemente materialista, positivista, relativista y hedonista (aunque haya en ella algunos ingredientes religiosos mas o menos auténticos) por un lado, y una espiritualista, simple, profunda y radical, por el otro**. Por tratarse de una guerra entre cosmovisiones y entre lógicas distintas, la lucha entre ambas es tan inexplicable en sus manifestaciones, como imprevisible es su desarrollo. Es este el punto central que hace a una verdadera guerra: **Se trata de una confrontación entre (dos) Ideas**. El hombre medio occidental actual, en



## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

muchos casos vaciado de contenido y de sentido religioso, o en el mejor de los casos, con una religiosidad superficial, no puede entender que es lo que pasa ni por qué pasa. Mucho menos puede entender el fenómeno extremo de la inmolación y se horroriza ante ella, pues no cabe en su mente. Las inmolaciones son conocidas por nuestro tiempo desde los pilotos suicidas (kamikaze = viento divino), los torpedos humanos y otras formas utilizadas por los japoneses en la Segunda Guerra Mundial. Estos se inmolaban sobre objetivos militares. Luego se continúa con los bonzos budistas en Vietnam, que en la década de los sesenta se rociaban con combustible y cual tea ardiente morían en un lugar público en protesta por la intervención de EE UU en la guerra que devastó ese país. Estos no se inmolaban sobre objetivos militares y físicamente no herían ni mataban a nadie, sino que su acción tenía por finalidad expresar la radicalidad de la protesta. Ahora estamos viviendo y ya nos hemos acostumbrado a los ataques suicidas que repetidamente se están produciendo en distintas partes del mundo. En estos casos los objetivos son absolutamente indiscriminados y tanto pueden ser militares como civiles. Este es el punto que fundamenta la condena: La no discriminación entre combatientes y no combatientes (población civil). Es cierto que hoy las dificultades para distinguir entre ambos son mayores, por las características tan especiales de esta guerra. También es cierto que en una acción militar de naturaleza clásica, abierta y no solapada como la terrorista, se suelen producir los llamados “daños colaterales”, en los que suelen morir muchos civiles. Es muy tenue el matiz entre la intención de no afectarlos (aunque los afecte) o no importar si se ven afectados. Si hemos de creer en las noticias que nos llegan por los periódicos, hay varios miles de musulmanes dispuestos a inmolarse por lo que ellos creen sus supremos valores, por los que no solo vale la pena vivir, sino también morir en esta confrontación tan particular. A juzgar por la frecuencia y el número de estos ataques, las noticias parecen ser lamentablemente ciertas. No sirve de nada decir que son fanáticos o fundamentalistas. Después del atentado de Londres, cuando surgieron las imágenes de los suicidas tomadas por las cámaras, los comentarios periodísticos provenientes de esa ciudad precisamente decían que “...el hombre, al igual que los otros suicidas, carecía de una mirada fanática. Todo lo contrario: La foto muestra a un maestro en el aula, con el lápiz en la mano, escuchando atentamente...Testimonios de docentes y padres de la escuela donde trabaja lo describieron como un buen docente y una excelente persona” (La Nación, 15/07/2005). Estas consideraciones, de las que hay muchas más en los comentarios periodísticos cotidianos, traslucen el hecho que Occidente, o al menos algún periodismo, desconoce totalmente el fondo de la problemática. En todo caso, si las mentes pensantes y el periodismo lo conocen, creen que deben escribir para gente que lo desconoce. Abrigamos la esperanza que los servicios de inteligencia de Occidente no piensan con esta simpleza. ¿Qué significa “una mirada fanática”? Desde la lógica más elemental, un espía, un infiltrado, tratará de pasar lo más desapercibido posible, para poder cumplir de la mejor manera con lo que se propone. Lo primero que tratará de ocultar o camuflar será los signos exteriores de lo que en realidad es, en este caso, la “mirada fanática”. Es sumamente interesante en este punto la opinión de una experta en terrorismo, Louise Richardson, decana del Radcliffe Institute:

“Lo más duro y sorprendente para mí sigue pasando cuando me encuentro con miembros de grupos terroristas con sentido de humor. **Gente con valores, que parece tan normal, cuando el perfil de los terroristas que nos dan los medios es totalmente unidimensional.** Son mucho más complicados que eso... Mas difícil de entender aun es la forma en que son cooptados. Irónicamente, **las organizaciones terroristas consiguen a sus voluntarios apelando a lo mejor de ellos, a su idealismo y a las ganas de ayudar a cambiar el mundo.** Tocando ese punto, **los convencen de que las atrocidades que cometerán son, en realidad, un acto de bien.** Es una vieja respuesta, pero todo se basa, en realidad, en la profundidad de la ideología” (La Nación, 21/07/2004. El subrayado es nuestro. A.F.).

Observemos que en los casos de inmolaciones mencionados (japonés, vietnamita, musulmán), se trata de culturas de Oriente, medio o lejano, pero Oriente, con una *forma mentis* distinta de la occidental. Podríamos sintetizar y reducir los valores allí presentes a dos, Divinidad y patria, y ambos respetados y reverenciados sin condicionamiento y hasta las últimas consecuencias. Hay allí un “exceso de

## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

espiritualidad”, que está deformada y es canalizada de una manera terrible. Es muy lamentable que una espiritualidad tan profunda, que supone una entrega tan grande, sea utilizada de manera indiscriminada con objetivos destructivos. También entre ellos se utiliza la expresión “martirio”. Pero también aquí la diferencia es sideral: El martirio, para la cosmovisión cristiana, significa entrega total, pero en un acto de amor supremo de la persona que, queriendo vivir, ofrenda por Dios y su amor la propia vida, que se la quita otro, pero esta entrega nunca puede incluir el asesinato del prójimo.

Coincidimos con quienes afirman que **lo que estamos presenciando es, en gran medida, la crisis del positivismo**. Es sabido que cada proceso tiene, además de los obvios límites extrínsecos, también unos límites intrínsecos, que tarde o temprano afloran y se manifiestan. Parecería como si hoy estuviésemos en un recodo del camino. En muchos aspectos, la humanidad occidental, que es la que parece marcar todavía el ritmo del acontecer mundial (globalización incluida), es en estos últimos siglos cada vez más positivista y racionalista, característica que comenzó a manifestarse ya con el comienzo de la modernidad y que se fue afirmando lentamente con los siglos. Por otra parte, precisamente como consecuencia de ese vacío interior de muchos seres humanos y el vaciamiento de valores religiosos en el ámbito de lo público (lo político), cada vez mayor cantidad de autores observa últimamente un ansia, la mayoría de las veces no explícita e incluso no racional, de volver a la consideración de lo trascendente y habla de un resurgimiento del fenómeno religioso en Occidente. Si esto es así, aun no sabemos cuán hondo es este resurgimiento ni si tiene raíces suficientemente profundas para augurar una época cualitativamente distinta.

Anticipándonos a alguna posible duda al respecto y para aclarar desde que base hacemos estas consideraciones, recordemos que una postura clara y clásica indica que no debe mezclarse lo político con lo religioso, sino que, cumpliendo cada cual con su función, tengan en cuenta el uno al otro, y **que ambos colaboren entre sí, pero sin confundirse**. Ello, porque ambos “sirven” al mismo ser humano que no puede ser dividido en dos, en lo corporal y lo espiritual (como ocurre en el llamado principio de separación entre Iglesia y Estado). Si la acción política no tiene en cuenta la religión, esa acción política tarde o temprano perderá su fuerza, por no sustentarse sino sobre sí misma, como ocurre hoy en muchas sociedades occidentales. Por su parte, lo religioso no debe entrometerse en lo político. Su papel consiste en proclamar los valores que sustenta la sociedad. Son de sobra conocidos los problemas paradigmáticos que produjo la mezcla entre ambos: En el Medioevo los que eclosionaron en la ya clásica “Querrela de las investiduras”; después de la Reforma los llamados “guerras de religión” (hasta 1648).

**Estos conflictos**, así como muchos otros, y sus consecuencias trágicas, **no pueden ni deben ser un alegato contra la presencia de la religión en la vida pública**. Si hubo errores, incluso horrores, y sin duda los hubo, no fue a causa de la religión en sí, sino por una indebida y malsana mezcla de ella con lo político. A no dudarlo: La primera y principal perjudicada por esta indebida y malsana mezcla fue la religión (en el caso de la civilización occidental, la Iglesia de Roma). La dimensión espiritual es propia de la naturaleza humana, que, en una correcta interpretación, es, también por ello, una dimensión esencialmente política. Así lo consideraban los griegos, los romanos y otros pueblos en la antigüedad, para quienes los dioses formaban parte natural y por lo tanto ineludiblemente necesaria de la vida pública de la polis y de la civitas. También en la actualidad notamos en algunas latitudes un “ensamble” no objetado entre lo político y lo religioso, p. ej. en Gran Bretaña y en Israel, donde no hay verdadera “separación entre Iglesia y Estado”. En la primera el (la) Jefe de Estado (monarca) es al mismo tiempo autoridad máxima de la Iglesia Anglicana. En el segundo, el Estado israelí, constitucionalmente, está sustentado por toda la historia bíblica y es continuidad de todo lo que se nos relata en la Torá - Antiguo Testamento, además de constatarse en las últimas décadas una importante irrupción del elemento religioso en la política de Israel, donde hay partidos estrictamente religiosos en la Knesset (Parlamento) y que a menudo son factor decisivo en el éxito o fracaso en la conformación de las coaliciones gubernativas. En civilizaciones y culturas orientales tampoco hay una separación como se la pretende en Occidente para la Iglesia Católica romana. Todo lo humano se resume en su integralidad y las divisiones separadoras no se han manifestado como demasiado acertadas.

## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

La Unión Europea, a su vez, a nivel de estamentos dirigentes, hace gala de un agnosticismo pronunciado (recuérdese la negativa a introducir la mención de Dios o la referencia a las raíces cristianas en el texto de la Constitución Europea). En el plano de la población, en algunos países, todavía hay manifestaciones de religiosidad popular cristiana, católica o protestante, especialmente en las grandes y multitudinarias reuniones, aunque es observable un decaimiento pronunciado en otros aspectos.

“...Las iglesias se vacían cada día mas, sacramentos como el bautismo y el matrimonio religioso caen en desuso y, sobre todo, como puede constatarse fácilmente en las aulas universitarias, desaparecen la cultura cristiana y católica y el conocimiento elemental de los fundamentos de la religión y de los pasajes y personajes evangélicos. Para todos nosotros, creyentes y no creyentes, se trata de una grave mutilación, porque dicha cultura es una de las grandes sintaxis dramáticas que permiten leer, ordenar y representar el mundo, darle un sentido y un valor, orientarse en el feroz e insidioso enredo de la vida” (Magris, Corriere della Sera, 14/08/2005).

En el caso de los inmigrantes (la mayoría de ellos musulmanes), la temática religiosa está adquiriendo una gran importancia que es cada vez mayor. El debate acerca de los símbolos religiosos en Francia, Italia, España, Alemania y otros países ha vuelto a poner de relieve esta parcela de la vida pública europea.

En definitiva, como consecuencia del positivismo decimonónico y del innegable y extraordinario avance científico del siglo XX, se pensó que el fenómeno religioso iría declinando hasta llegar a ser algo meramente folclórico. En Occidente esta declinación se produjo efectivamente, según lo venimos constatando. No obstante, desde una consideración global, la religiosidad ha readquirido importancia, manifestándose hoy de manera muy elemental pero contundente por vía de la religiosidad islámica. Este hecho parece ser hoy el centro que irradia una luminosidad sugestiva sobre los acontecimientos mas importantes de la humanidad, introduciendo un elemento cosmovisional inesperado. Parece ser una de las **fuerzas profundas** ya mencionadas en su momento por Renouvin-Duroselle y que hay que tener muy en cuenta para comprender los hechos que se desarrollan a nuestro alrededor (Renouvin-Duroselle, 1968: 402).

Jean Baptiste Duroselle, afirma que

“los valores forman parte de las grandes fuerzas que actúan sobre las comunidades humanas. Son ideas o sistemas de ideas por las cuales, con mayor o menor entusiasmo, el hombre está dispuesto a sacrificar su interés personal: Su dinero, su comodidad, e incluso su vida...El perfecto *homo oeconomicus* no puede aceptar ningún valor que no sea material...Pero la experiencia del historiador le hace ver a cada instante que muchos hombres aceptan el sacrificio por valores que han adoptado y que son, la historia lo demuestra, de una gran diversidad”.

Duroselle alude a diversas situaciones de sacrificio extremo, todas llevadas a cabo por lo que la Antígona de Sófocles llama “las leyes no escritas de los dioses”. Duroselle continúa:

“Podemos ir mas allá. La búsqueda de lo absoluto, que debe haber aparecido antes del *Homo sapiens*, condujo a la creación de la religión, es decir a la tentativa de unión del hombre con la perfección ideal y a la esperanza de otra vida”. Y para terminar con sus citas también afirma con énfasis: “Las relaciones recíprocas entre las fuerzas profundas y las fuerzas organizadas constituyen el punto esencial de cualquier estudio político interno pero también de cualquier estudio sobre relaciones internacionales” (Duroselle, 1998: 168:176).

## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

Como un aparente intento de equilibrar la fuerza arrolladora del Islam, es sumamente interesante que un autor como Huntington, siguiendo la línea establecida en su tesis sobre el choque de civilizaciones, afirme que la única manera de luchar en una guerra de civilizaciones es apuntalar los propios valores culturales. Esto significa, según él, dejar de lado las fórmulas liberales tales como el "multiculturalismo" y reafirmar las tradiciones que llevaron a Occidente a ser faro de libertad y prosperidad. Critica la Europa Occidental por sentirse incómoda reafirmando los valores fundamentales de la sociedad. Cuando Huntington analiza la declinación de las tasas de natalidad del occidente cristiano y la expansión de la población musulmana, puede sentir los cambios culturales en boga. Para él la cristiandad no es una palabra fuera de época y confirma que la definición histórica de Europa es la de países que son occidentales y cristianos. Afirma que la mejor manera de pelear la batalla de las civilizaciones es defendiendo la propia cultura y que los EE UU solo podrán vencer el terrorismo refugiándose en la cristiandad y recuperando los valores tradicionales. Contra lo que pudiese parecer, es un demócrata y no un conservador republicano (Huntington, La Nación, 2004).

Desde el punto de vista de la seguridad, que tantas preocupaciones causa hoy a los países, fundamentalmente a los desarrollados de Occidente, cabe recordar que uno de los pensamientos clásicos de Clausewitz es: La actividad bélica nunca va dirigida contra la sola materia, sino siempre, también, contra las fuerzas morales que le dan vida a la materia (Clausewitz, 1983: 128). A mayor fortaleza moral, mayor resistencia ante los embates del "enemigo", cualquiera que este fuese y cualquiera que sea su entidad. Recientemente el rey de Jordania Abdallah II lo dijo con otras palabras: "...La batalla global contra el terrorismo no se puede combatir solo con medios militares. Es también un empeño moral, intelectual y social..." (Corriere della Sera, 12/9/2005).

La debilidad de Occidente en realidad es provocada por la falta de valores morales que deberían servirle de sustento. Pretender sostener los Estados y las sociedades solo con la estructura exterior, con el mero bienestar, no basta. Hay que sostenerlos por dentro. En este punto vale la pena citar a Santiago Kovadloff:

"Sabemos que nuestra supervivencia esta amenazada por el terrorismo... Pero sepamos advertir que no es solo la bestialidad del terror la que nos daña. En su embestida criminal, sus voceros cuentan hoy con un aliado al que rara vez se hace referencia. Me refiero a nuestra profunda crisis de valores. A la honda desorientación moral que devora nuestras costumbres. A la crisis espiritual, en suma, que priva de discernimiento a una ciudadanía que, lo quiera o no, se agota en el ejercicio rutinario de sus labores sin acceder al sentido trascendente que infunda a sus vidas una significación mas honda, mas perdurable, mas decisiva. Tengamos el coraje de decirlo: Aun en los países mejor desarrollados, Occidente se ha convertido en poco mas que un gran supermercado. Consumidores o consumidos, todos parecemos debatirnos en un frenesí sin sustancia espiritual... Debemos volver a considerar el estado en que se encuentra entre nosotros, occidentales, la idea del hombre. Si no hemos perdido una cosmovisión, es por lo menos cierto que la mayoría de nosotros ya no tiene claro en que consiste. Las consignas, las proclamas y los maniqueísmos discursivos no pueden paliar su ausencia. Por el contrario: Al proliferar prueban la hondura de esa falta... Se trata de adecuar la resolución con que se emprenda esa política de defensa (ante el terrorismo) a un horizonte de valores sin los cuales podremos durar, pero difícilmente podamos vivir en el sentido cabal de la palabra..." (Kovadloff, La Nación, 2004).

De todo lo dicho surge que la religión parece haber retomado importancia. Sagaces periodistas y analistas políticos de todo el mundo lo advierten y hasta lo ponderan. Pero ante ello nos encontramos con otra deformación: La mayoría de los analistas considera este renacer religioso como un "hecho político", es decir, un hecho de dimensiones meramente externas y superficiales (en definitiva, ¿un positivismo mas?), en cuya concepción la religión se ve reducida a una dimensión imanentista, "descafeinada", "light", sin su dimensión espiritual profunda. En Europa un autor de pensamiento (pos)marxista, pretende a través del pluralismo posmoderno volver a encontrar la fe cristiana que de niño y joven profesó, fe cristiana que ahora pretende retomar pero desde un contenido diferente, hablando de un Cristianismo no religioso (Vattimo, 2004: 13). Algo similar sugiere el también (pos)marxista Slavoj Zizek, que en una de sus últimas obras incursiona en estos temas a partir de una



## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

rara redefinición de lo divino en la que no queda lugar alguno para la trascendencia (Zizek, 2005). Digamos que esta, obviamente, no es la forma de considerar el fenómeno religioso que, si fuese entendido en estos términos, inmediatamente caería en todo lo que anteriormente hemos criticado.

Durante el siglo XX y en especial después de las catástrofes de las dos Guerras Mundiales, el ser humano cultivó esperanzas basadas en la ciencia y la técnica, las que al comienzo del Tercer Milenio se declararon infundadas. Por eso nuevamente busca la espiritualidad, tratando de eliminar el vacío interior y de llenarlo de contenido valedero. El ser humano, en las distintas culturas, siempre se preguntó sobre el sentido, los fundamentos y los valores. **Las principales religiones de la historia y especialmente las monoteístas coinciden en los principios fundamentales, por lo que son tan loables los actuales esfuerzos ecuménicos de sus líderes en encontrar puntos de contacto que sirvan a una convivencia mas pacífica.** El retorno a esos fundamentos puede ser una respuesta a todos los retos y angustias que nos imponen el racionalismo y la consideración de la ciencia como única vía para acceder a la verdad (Armstrong, 2004: 21).

Con todos los adelantos y avances del saber humano, es posible exigir o pretender una mayor sensatez en la convivencia internacional. ¿Es utópico pensar en un mundo mas pacífico? **Las religiones monoteístas, por separado y en conjunto, en este punto tienen mucho que decir, a pesar de todos los encuentros y desencuentros de la historia. Todas han formado culturas y civilizaciones.** Estas no se forman sino en períodos de paz. Esto es la mejor prueba que no son utopías, sino que contienen ideas realizables. Si a pesar de todos los errores humanos y si a pesar de todas las deformaciones en su historia estas religiones siguen existiendo, es porque son fuerzas que han calado muy hondo en la naturaleza humana. **Contra lo que algunas desviaciones pudiesen indicar hoy, son las únicas capaces de controlar, aunque mas no sea a mediano y a largo plazo, fenómenos como el terrorismo.** Como ha dicho algún autor de los citados, el terrorismo puede llegar a ser algo incontrolable si el ser humano no retorna a los valores o, lo que es lo mismo, a una religión con el Dios de todos. A pesar que con el nombre de Dios se puede operar también indebidamente, sigue siendo válida la afirmación atribuida a Dostoievski : “Si Dios no existe, todo está permitido”.

Toda la problemática expuesta lo fue teniendo en cuenta el acontecer mundial. Pero estas reflexiones fueron escritas en América del Sur, que está, si bien algo alejada del ojo de la tormenta, “en la misma barca” con los demás actores de esta obra en escena. Cuando hablábamos de Occidente, hablábamos en primera persona del plural. **También nosotros, habitantes de América del Sur, somos Occidente,** con las diferencias y agregados del caso. También para nosotros vale todo lo dicho.

## BIBLIOGRAFIA

- Armstrong, K. 2004. Los orígenes del fundamentalismo en el judaísmo, el cristianismo y el Islam. La intolerancia religiosa frente al progreso. Barcelona. Tusquets Editores. Pags. 532.
- Aron, R. 1970. Las etapas del pensamiento sociológico. Buenos Aires, Ed. Siglo Veinte. T.I, Pags. 366.
- Bouthoul, G. 1971. La guerra. Barcelona: Oikos-tau ediciones. Pags. 126.
- Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 2005. Librería Editrice Vaticana. Conferencia Episcopal Argentina. Voz Terrorismo.
- Clausewitz, K. von. 1983. De la guerra. Buenos Aires: Ediciones Solar. Pags. 611.
- Duroselle, J.B. 1998. Todo imperio perecerá. Teoría sobre las Relaciones Internacionales. México: Fondo de Cultura Económica. Pags. 468.
- Fink, A. 2002. El nuevo escenario estratégico y su impacto en América del Sur. Revista Colección N° 13, Escuela de Ciencias Políticas, UCA. Pags. 229 a 247.
- Fink, A. 05/01/2004. El terrorismo. Diario Infobae. Buenos Aires. Argentina.

## Séptimas Jornadas de Medio Oriente

- Huntington, S. 30/05/2004, Occidental y cristiano, La Nación, Suplemento Enfoques. Buenos Aires. Argentina.
- Kovadloff, S. 13/03/2004. La crisis de valores, el mejor aliado del terror. La Nación. Buenos Aires. Argentina.
- Lewis, B. 22/09/2004. Estamos ante una guerra mundial. La Nación. Buenos Aires. Argentina.
- Magris, C. 14/07/2005. El sentimiento religioso. Corriere della Sera, Milan, Italia y reproducido por La Nación. Buenos Aires. Argentina.
- Mo, Ettore. 05/06/2005. La guerra vista dagli arabi in un documentario egiziano. Corriere della Sera, Milan, Italia.
- Renouvin, P.-Duroselle, J.B. 1968. Introducción a la política internacional. Madrid: Rialp. Pags. 593.
- Richardson, L. La Nación, 21/07/2004. Buenos Aires. Argentina.
- Saenz, A. 1999. El hombre moderno. Una descripción fenomenológica. Buenos Aires, Ediciones Gladius. Pags. 218.
- Sartori, G. La Nación, 26/10/2001, Buenos Aires, Argentina.
- Sartori, G. 24/07/2005. Ilusionisti pericolosi, Corriere della Sera, Milan, Italia.
- Toynbee, A. 1976. Guerra y civilización. Madrid: Alianza Editorial. Pags. 170.
- Vattimo, G. 2002/2004. Después de la Cristiandad. Por un Cristianismo no religioso. Buenos Aires: Paidós.
- Žizek, S. 2004. El títere y el enano. El núcleo perverso del cristianismo. Buenos Aires, Paidós. Pags. 240.